

## Literatura



ILUSTRACIÓN: MARC CAELLAS

# PROHIBIDO TOCAR

**Relato. Marc Caellas**

Es jueves. Es Palma de Mallorca. Es Baluard. Entro al museo. Camino unos pasos. El primer vigilante de sala que me encuentro no me entiende. Le pregunto por Ballard Baluard y me mira como si le hablara de un programa espacial aún desconocido en este planeta. A mí es que no me cuentan todo lo que hacen aquí, dice. Decido bajar al sótano y sumergirme en una exposición que analiza la evolución de la re-

lación de los humanos y los animales. Trato de atravesar la instalación *Sufragium ex officio*, pero soy interceptado por la vigilante de sala. No se puede pasar, dice. Es raro porque la instalación parece construida para que se camine entre una serie de balizas de calle organizadas en forma de laberinto y pintadas con los colores de una abeja. Es que la gente tocaba la urna, dice la vigilante. Al mismo tiempo, un niño de dos o tres años se acerca a una de las paredes y toca con el dedo una de las cien

cucarachas que forman la instalación de Eugenio Ampudia, creadas con invitaciones a exposiciones como ésta. La vigilante grita y le saca la mano al niño que, tras una pausa dramática, estalla en un desconsolado llanto que resuena entre el eco de las paredes del museo. Sus padres, hasta ese momento abstraídos en el vídeo de Josep Beuys y la liebre, se llevan al niño con cara de pocos amigos. La implacable vigilante ni se inmuta. Pienso entonces en esta absurda y contradictoria asepsia del

arte contemporáneo, que por un lado llama todo el tiempo a la participación del espectador, pero al mismo tiempo lo encierra en salas donde casi cualquier "participación" no es aceptada. Huyo del sótano y subo al segundo piso. Me cuesta pero encuentro el gabinete ballardiano. Observo las obras, leo los textos y me pongo a escribirle a alguien que soy y no soy yo.

En lo que crees.

Creo en el poder de la imaginación para rediseñar el mundo, para liberar la verdad que vive en nuestro interior, para expandir la noche, para trascender a la muerte, para encantar a las olas del mar, para congraciarse a las aves del paraíso, para ganarte la confianza de los enajenados.

Creo en tus propias obsesiones, en la belleza del choque de cuerpos, en la tranquilidad de los pueblos de Huesca, en la excitación de un grupo de salsa en Puerto Rico, en la elegancia de los cementerios, en la poesía de los moteles de Caracas.

Creo en las pasarelas que llevan al océano, en Puerto Colombia, en Barcelona, en Ilha Grande.

Creo en la misteriosa belleza de Michelle Obama, en el arco de sus pómulos y el brillo de sus labios; en la melancolía de los guionistas de series norteamericanas, en la sonrisa hechizada de Gretchen Mol; en los amigos que aparecen durante una toma de ayahuasca garantizándote que todo va a ir bien.

Creo en la belleza de todas las mujeres, en la perfidia de sus imaginaciones, tan cercana a tu corazón; en la unión de sus cuerpos desencantados con las encantadas sábanas de los hoteles de playa; en su cálida tolerancia a tus perversiones.

Creo que el futuro no existe, en la búsqueda de un nuevo tiempo en las sonrisas de las cantantes colombianas y los ojos cansados de las poetas argentinas.

Creo en los órganos genitales de los grandes hombres y las grandes mujeres, en las posturas corporales de Jane Fonda, Marcel Duchamp o Johan Cruyff, en los dulces hedores que emanan de sus labios cuando se ponen frente a las cámaras de todo el mundo.

Creo en la locura, en la verdad de lo inexplicable, en el sentido común de las olas del mar, en la locura de los árboles, en los caracoles que circulan por las terrazas de Barcelona.

Creo en Robert Walser, Salvador Dalí, Josep Pla, Billie Holiday, Orson Welles, Lucia Berlin, Stanley Kubrick, Virginia Johnsons, Roberto Bolaño, Alicia Florrick, Rodrigo García, Anne Sexton, Charles Bukowski y todos los artistas invisibles que están en lugares recónditos del planeta.

Creo en la imposibilidad de la existencia, en el humor de las montañas, en el absurdo de la ley de la gravedad, en la farsa de la economía, en la crueldad de la pareja, en las intenciones asesinas de las mujeres despechadas.

Creo en la no existencia del pasado, en la muerte del futuro, en las infinitas posibilidades del presente.

Creo en la degeneración de los sentidos: en Michel Onfray, Jack Kerouac, Jaime Gil de Biedma, David Foster Wallace, Dianne di Prima, Albert Pla y Jean Seberg.

Creo en los olores corporales de Michelle Obama.

Creo en los próximos cinco minutos.

Creo en el vuelo, en la belleza del ala, y en la belleza de todo lo que alguna vez ha volado.

Creo en las resacas, el aburrimiento de las tardes de domingo, el miedo a los calendarios, la traición de los relojes en la oscuridad.

Creo en la ansiedad, la paranoia y la desesperación.

Creo en las perversiones, el enamoramiento con los árboles, las actrices, los bomberos, las estaciones de tren abandonadas (más hermosas que Notre Dame), las nubes y los pájaros.

Creo en Portbou, San Juan de Puerto Rico, Rosario, Formentera, Providencia, Palomino, Cachipay, Banfield, Sant Martí d'Empúries, Nápoles o Lanzarote.

Creo en la frialdad de una pistola al contacto con la piel de tu frente dentro de un taxi bogotano.

Creo en el alcoholismo, las enfermedades venéreas, las drogas y la fatiga.

Creo en los mapas, los diagramas, los planos, la tabla de horarios de las aerolíneas, los indicadores de los aeropuertos.

Creo en todas las excusas. Creo en todas las razones. Creo en todas las divagaciones. Creo en todas las furias.

Creo demasiado poco en lo que crees, a diferencia de tantos otros que creen demasiado en lo que creen.

Creo en J.G. Ballard.